

"Caras y Caretas", Buenos Aires 30 junio 1923



30 VI 23

RECOGIDO EN "De esto y de aquello" tomo I



En mi reciente excursión por Asturias he tenido ocasión de conocer un libro muy curioso. Se titula «Del folklore asturiano; mitos, supersticiones y costumbres». Su autor es Aurelio de Llano Roza de Ampudia, C. de las Reales Academias de la Historia y de Bellas Artes de San Fernando, Delegado regio de Bellas Artes de la provincia de Oviedo. Lleva un prólogo de R. Menéndez Pidal, el tan conocido filólogo.

El señor Llano Roza de Ampudia, que ha recorrido toda Asturias a pie recogiendo curiosísimas noticias y los últimos restos de costumbres y dichos que desaparecen, se pica de exactitud científica. Nos da cuenta de la persona de quien oyó un relato o un dicho o un cantar, de su edad, del concejo a que pertenecía y hasta del día en que se lo oyó. Así, por ejemplo: «Me recitó Folgueras, pueblo de la montaña del concejo de Riosa, el 24 de octubre de 1921, Pedro Villoria, de 71 años». Hora era ya de que nuestros investigadores se hicieran a estos hábitos de exactitud y regularidad técnicas en que son maestros los eruditos alemanes. Que no se diga, como se ha dicho, que del español no cabe fiarse porque no conoce los métodos rigurosos de la inquisición o enquisa — no encuesta — histórica y que procede por *a peu prés*, por poco más o menos y a la buena de Dios.

En la sección de mitos populares el autor estudia el Nuberr, las Xanas, el Cuélebre, la Sirena, el Trasgu, el Diablo Birlón, la Güestia y las Brujas. No ha omitido diligencia para averiguar todas las particularidades de esos entes misteriosos, regocijados y burlones algunos de ellos. Porque la concepción popular asturiana — y aun de otros pueblos españoles — de ese mundo de más allá es una concepción humorística. Los pobladores del mundo extranatural son camarrupas que diría un teósofo. Y uno de los más humorados y burlones es el Trasgo.

Del Trasgo, especie de duende muy parecido al Kobold germánico, nos dice el señor Llano Roza de Ampudia que «es de figura diminuta y simpática, viste de blusa de bayeta colorada y cubre su cabeza con un gorro del mismo color». Y en seguida añade el concienzudo autor: «Nadie se ha fijado si gasta o no pantalones y si anda calzado o descalzo». ¡Lastima grandel, digo yo.

Nos parece que debería organizarse una batida de trasgos por toda Asturias al objeto de averiguar si gastan o no pantalones y si andan descalzos o calzados. Pero como acaso escaparan a la presa de nuestra policía científica, sería mejor someter a un más riguroso interrogatorio a los que han visto y ven a los trasgos, pues en cuanto se les apurase un poco declararían ese y otros particulares. No se puede consentir que las personas a quienes se aparecen esos seres extranaturales mantengan secreto alguno respecto a la indumentaria de éstos. Porque más bien que el que nadie se haya fijado en si los trasgos gastan o no pantalones y andan calzados o descalzos, es de

suponer que por algún motivo lamentable no han querido declarárselo al señor Llano Roza de Ampudia los por éste interrogados y enquisados.

Habría, además, que clasificar los trasgos, porque debe de haber clases entre esos duendecillos. Y en punto a clasificación es notable el libro de que hablamos. Donde describe el antiguo traje asturiano — que va desapareciendo — al llegar a los botones del calzón, botones «pendientes de cada pernil por medio de una cadenita», nos dice que son de cuatro clases: «De «filigranas»: Botones de filigrana — embutidos en acero — ¿cómo quieres que te olvide, — siendo tú el amor primero? Estos botones tienen el busto de Isabel II. — De «San Fernando»: llamados así porque tienen el busto del santo. — «Colteros»: los que tienen un «asa» en vez de cadenilla; éstos son ordinarios. — Y por último, los llamados «tarabicos», contruidos en casa con hilo y estaquillas de madera; los más preferidos han sido los de filigrana». Aquí hay un (i) y al pie una nota — en la página 157 del libro — que dice así: «Esta es la primera vez que se describe la clasificación de los botones. Me la dió a conocer el 22 de agosto de 1920, delante de la iglesia parroquial de Libardón, concejo de Colunga, el vecino de la misma Manuel Alonso González, de 91 años».

Menos mal que ya que don Aurelio de Llano Roza de Ampudia no ha logrado inquirir de los que han visto a los trasgos si éstos gastan o no pantalones y andan calzados o descalzos, ha conseguido que un anciano de 91 años, cargado de experiencia, le diera la clasificación de los botones del antiguo calzón asturiano! Clasificación no tan complicada como la de las enseñas, galones y estrellas, y también botones, de los uniformes militares. Si don Aurelio no se encuentra con ese anciano de 91 años el 22 de agosto de

1920 delante de la iglesia parroquial de Libardón, concejo de Colunga, en la ciencia española se habría perdido irremisiblemente la clasificación de los botones del calzón asturiano. ¡Y lo que habría dicho la severa ciencia germánica!

Como al contarle un aldeano a don Aurelio un incidente cómico-macabro ocurrido en el velorio de un muerto, le dijera el investigador folklórico que era poco serio, el aldeano le replicó: «¿Dice usted que es poco serio? Si no fueran estas cosas, ¿con qué nos íbamos a entretener en estas montañas?» Apliquemos el cuento a la investigación científico-folklórica. Si no nos preocupásemos de si los trasgos gastan o no pantalones y calzado y de la clasificación de los botones, ¿con qué íbamos a entretenernos en esta soledad civil? Además de que estos métodos de investigación por riguroso inventario nos educan para su aplicación a más trascendentales estudios. Pero ¿que es lo serio? ¿Son ángeles del Señor o son trasgos del supremo Empresario del gran Sainete del Universo los que rigen los destinos humanos?



Trasgos y botones

Por Miguel de Unamuno



u

